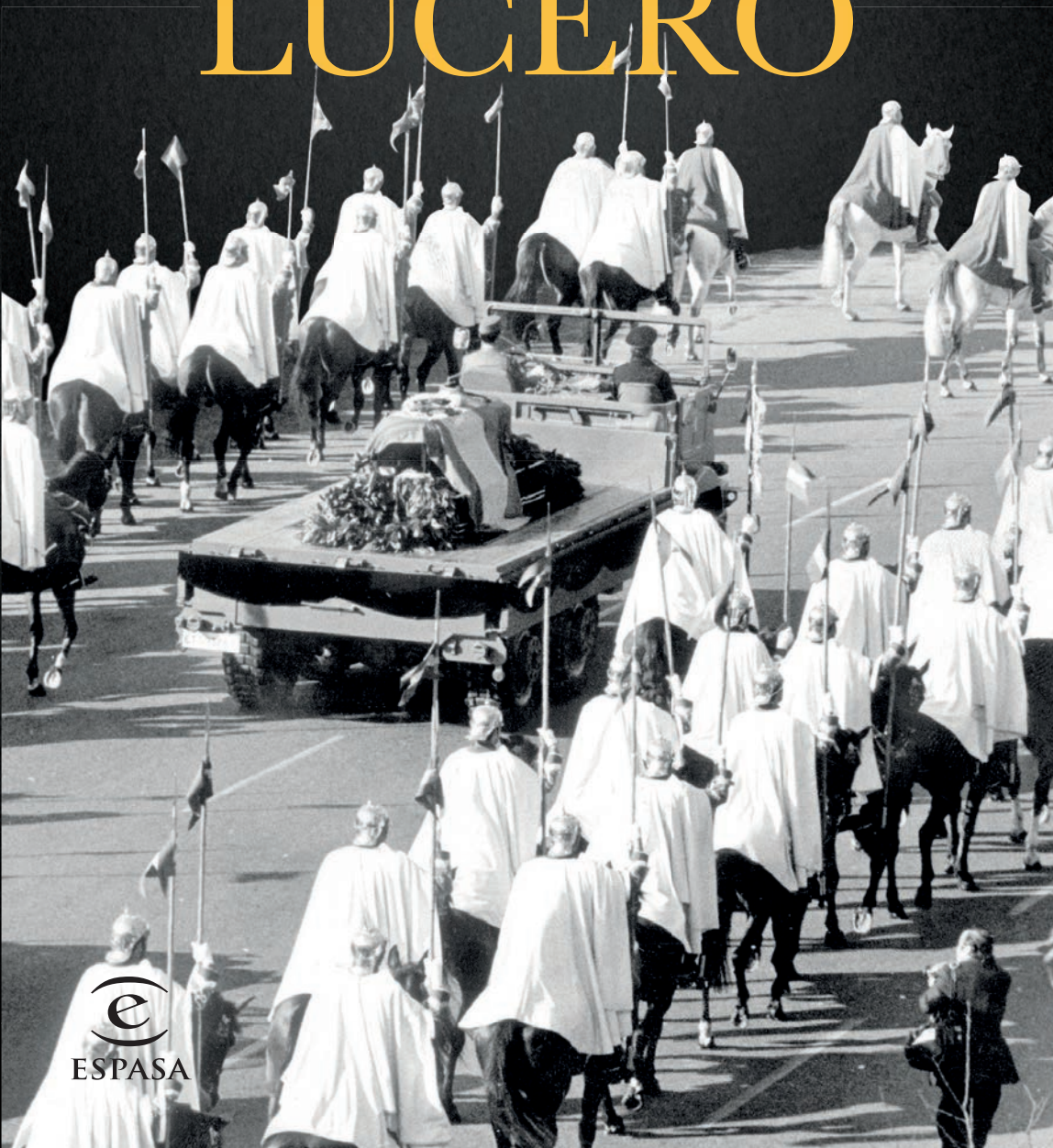


JUAN MARÍA DE PEÑARANDA

OPERACIÓN

El plan secreto para mantener todo atado tras la muerte de Franco

LUCERO



JUAN MARÍA DE PEÑARANDA

OPERACIÓN LUCERO

El plan secreto para mantener todo atado
tras la muerte de Franco



© Juan María de Peñaranda y Algar, 2017
© Félix Sanz Roldán, por el prólogo, 2017
© Espasa Libros, S. L. U., 2017

Fotografías del interior: archivo personal del autor

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 5.181-2017
ISBN: 978-84-670-4962-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadeloslibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
SIGLAS Y ABREVIATURAS	17
PRESENTACIÓN	21
1. ARIAS NAVARRO, PRESIDENTE DEL GOBIERNO	25
El asesinato del presidente Carrero	25
Deliberaciones sin pausa	26
La constitución del nuevo Gobierno	28
El panfleto catalán. Evaluación de la crisis política	32
2. CAMBIOS EN EL SECED	39
Primeras actuaciones en el SECED	39
La disputa por su dependencia	40
El nuevo jefe del Servicio	44
<i>Hacia una nueva sede</i>	46
Conversaciones en el Alto Estado Mayor	47
<i>Presentaciones oficiales del comandante Valverde</i>	47
<i>La coordinación de la información</i>	51
<i>Vinculación del SECED</i>	55

ÍNDICE

El Servicio entra en fase de introspección	58
<i>Reestructuración general</i>	63
<i>La política de personal</i>	65
3. LA REFORMULACIÓN DE LA ORDEN SECRETA SOBRE LA OCN	69
Postura del Ejército sobre el SECED	74
<i>Otros comentarios militares</i>	79
El SECED y los medios de comunicación social	81
4. LA SITUACIÓN POLÍTICA NACIONAL	87
La Semana Económica Internacional de Salou	95
La Operación Suresnes	99
El esperado Estatuto de Asociación Política	100
5. NUEVA FILOSOFÍA DE FUNCIONAMIENTO EN EL SECED	115
El documento «Ante el Cambio»	116
El Plan General de Reversión	121
Un nuevo modelo informativo	126
6. NUEVAS PREOCUPACIONES	133
El «asunto Añoberos»	133
Los sucesos de Portugal	137
<i>Meses de febril actividad informativa</i>	140
<i>Elecciones y contragolpes</i>	147
El cese del teniente general Díez-Alegría	156
<i>El cese se materializa</i>	160
<i>La despedida oficial</i>	167
<i>Confidencias posteriores</i>	170
<i>Encargos reales</i>	176
La Unión Militar Democrática (UMD)	178
<i>Los pasos de sus protagonistas</i>	180
<i>La intervención del Ejército</i>	186
<i>La actuación del SECED</i>	194
<i>Sigue el tema UMD en las entrevistas</i>	201
<i>Posteriores decisiones sobre la UMD</i>	204
Las instituciones buscan el apoyo del SECED	208
<i>En ámbitos bancarios</i>	208
<i>En otras áreas empresariales</i>	212
<i>En un entorno más político</i>	219

ÍNDICE

7.	LA CUESTIONABLE SITUACIÓN POLÍTICA	223
	Crisis de Gobierno	223
	La Operación Tránsito	227
	Otros acontecimientos del último año de Franco	236
	<i>Más comentarios sobre asuntos militares</i>	236
	<i>La estrella fugaz de Herrero Tejedor</i>	239
	<i>Juicios contra terroristas</i>	243
	El Príncipe, jefe de Estado interino	247
	El grave asunto africano	253
	<i>Antecedentes históricos</i>	253
	<i>La Marcha Verde</i>	256
	<i>El viaje del Príncipe de España a El Aaiún</i>	258
	<i>Apreciaciones posteriores</i>	265
	Más de política	269
	<i>La Operación Alfoz</i>	269
	<i>Comentarios sobre el futuro presidente de las Cortes</i>	274
	<i>Comentarios sobre el futuro presidente del Gobierno</i>	277
8.	LA OPERACIÓN LUCERO	281
	El planeamiento	283
	<i>Los grandes interrogantes</i>	285
	<i>Las primeras directivas</i>	289
	Tromboflebitis y traspaso de poderes	290
	El Plan de Urgencia	293
	La Operación Relámpago	300
	El Plan General	303
	<i>Su contenido</i>	304
	<i>Los Anexos</i>	310
9.	ÚLTIMAS SEMANAS DE CRISIS	313
	<i>El testamento de Franco</i>	316
	Últimos cambios de programación	319
	<i>Variante «En caso de lluvia»</i>	325
	La tensión informativa	328
	<i>Disposiciones en otras instituciones</i>	333
	El óbito	338
	<i>La víspera en clave política</i>	338
	<i>La noticia</i>	340
	<i>La comunicación del fallecimiento</i>	345

ÍNDICE

Las honras fúnebres	347
<i>La capilla ardiente</i>	347
<i>La despedida en el Palacio de Oriente</i>	350
<i>La inhumación en el Valle de los Caídos</i>	351
<i>La Operación Alborada</i>	356
Balance de las Operaciones	359
 COLOFÓN	 363
 BIBLIOGRAFÍA CITADA	 365
 ÍNDICE ONOMÁSTICO	 367

ARIAS NAVARRO, PRESIDENTE DEL GOBIERNO

EL ASESINATO DEL PRESIDENTE CARRERO

En la mañana del jueves 20 de diciembre de 1973, un comando de la organización terrorista vasca ETA acababa con la vida del presidente del Gobierno, don Luis Carrero Blanco, a la salida de la iglesia de San Francisco de Borja, regentada por la Compañía de Jesús. Como consecuencia de la explosión de una fuerte carga bajo el firme de la calle Claudio Coello, el vehículo oficial (Dodge Dart 3700 negro) volaba por los aires, muriendo en el atentado el propio almirante y sus acompañantes (conductor y escolta). En esa misma fecha, el jefe del Estado le otorgaba el rango de capitán general de la Armada, a título póstumo, y el día 21 el título de duque de Carrero Blanco, con grandeza de España.

De cuanto ocurrió tras el magnicidio —presidencia interina de don Torcuato Fernández-Miranda, funeral, entierro, noticias oficiales y oficiosas, e incluso la actuación del Servicio Central de Documentación (SECED) de la Presidencia del Gobierno— ya ofrecí un compendio en mi último libro *Los servicios secretos de Carrero Blanco* (Espasa, 2015). La conmoción nacional que supuso aquel atentado, tan salvaje como inesperado, tuvo también enorme repercusión en los componentes del SECED, que parecieron quedar inmovilizados y desasistidos de la tutela próxima y afectuosa que les venía prodigando el almirante. Días y semanas que

transcurrieron en absoluta incertidumbre sobre el futuro inmediato de aquel instrumento del Estado que ya afinaba sus cuerdas.

DELIBERACIONES SIN PAUSA

La designación del presidente del Gobierno había de hacerse por el jefe del Estado a partir de una terna seleccionada por el Consejo del Reino. Pero, según se creía y transmitían los medios de comunicación del 21 al 27 de diciembre, todo Madrid aseguraba que Torcuato Fernández-Miranda y Hevia sería nombrado presidente, aunque alguno dudara, porque «este no es de la entera confianza de Franco».

En la mañana de aquel viernes 28 ya se anunciaba en firme la reunión del Consejo del Reino para las primeras horas de la tarde, sin que se adivinara el menor atisbo de sugerencias por parte del Caudillo para la composición o inclusión de algún nombre concreto en la terna. A las 12.30 h el presidente de las Cortes, Alejandro Rodríguez de Valcárcel, tras asistir al funeral del policía de escolta del almirante Carrero, era llamado a despacho en El Pardo, de donde regresó radiante, circunstancia que fue interpretada por más de uno como que él mismo sería el elegido. Se había organizado un almuerzo en el restaurante Cotos, antes de la sesión del Consejo, lo que parecía suponer que Valcárcel iba a hacerles alguna sugerencia informal. Aquella mañana, el presidente del Gobierno (en funciones), Torcuato Fernández-Miranda, habló con el ministro de Gobernación, Carlos Arias Navarro, a quien le confirmó su estima y su deseo de contar con él en un nuevo Gobierno, referencia indicativa de la absoluta confianza de Fernández-Miranda en su elección. Así que los consejeros que acudieron al almuerzo fueron con la sensación de que la terna estaba integrada por este último, junto con Rodríguez de Valcárcel y el general Castañón de Mena.

Surgió el rumor de que el Generalísimo había llamado al almirante Pedro Nieto Antúnez, para ofrecerle la Presidencia del Gobierno, pero que este había declinado tal honor por entender que «un nuevo presidente no puede tener 77 años». Franco debió comprenderlo y, según algunos, se dejó llevar por la familia, que le propuso a Carlos Arias. El Caudillo sentía por él también cierta debilidad, debido a su capacidad de gestión y popularidad en el Ayuntamiento de Madrid tiempo atrás, aunque con una imagen dura, tras su paso por la Dirección General de Seguridad durante nueve años de ejercicio de una autoridad represiva, según se decía.

Pues bien, a primeras horas de la tarde saltaba a la calle, ante la sorprendida opinión de los «enterados», el nombre de Carlos Arias Navarro

como incluido en la terna a sugerencia del Caudillo, lo que se confirmaría en los mentideros políticos de Madrid a las siete de esa misma tarde. Según noticias de todo crédito para José Ignacio San Martín, aún director del SECED, habían sido excluidas *a priori* las candidaturas de Manuel Fraga y Laureano López Rodó; y el consejero Primo de Rivera había hecho una manifestación contraria a la de Fernández-Miranda, resultando la votación final como sigue: Arias Navarro, por unanimidad; Solís Ruiz, ocho votos; García Hernández, siete; Monreal Luque, tres; Silva Muñoz, uno y Fernández-Miranda, otro. La elección de Arias resultó una sorpresa para comentaristas y parte de la población, que no consideraban razonable premiar al ministro de la Gobernación, responsable de la seguridad del Estado cuando ETA asesinaba al presidente Carrero Blanco. Pero acaso Franco entendía que Arias era el más idóneo para afrontar tan crítica situación nacional.

El diplomático Antonio de Oyarzábal Marchesi, que trabajó desde mediados de 1974 en el Gabinete del presidente del Gobierno, tras cuatro años en la embajada de España en Londres, escribió los recuerdos de su vida profesional y política en unas memorias íntimas¹. Cuenta en ellas que «A don Carlos Arias (...), Dios no le había llamado por el camino de la política, a la que, sin embargo, los acontecimientos y la forma de actuar de un Régimen singular habían atraído desde muchos años antes (...). Su norte político se limitaba a una fidelidad sin quiebras al jefe del Estado —no extensible ni a la familia ni al entorno de este—, casi como si se tratara del administrador de una finca particular que se llamaría España. Los sucesivos esfuerzos de cuantos le rodeaban, para que asumiera plenamente su responsabilidad e hiciera comprender a propios y extraños que el eje del poder político en aquellas circunstancias trascendentales se había trasladado definitivamente del Palacio de El Pardo al Paseo de la Castellana, 3, resultaron vanos (...). Este vacío entre la España real de aquellos días y un aparato oficial que se empeñaba en seguir pendiente de la voluntad todopoderosa de una esfinge esclerótica (...), acabó por engullir las buenas intenciones del presidente Arias (...)». Un último trazo puede contribuir a explicar no pocas reacciones del personaje: como típico producto del Régimen, don Carlos Arias era visceralmente antimonárquico, sobre todo de esa concepción liberal y democrática que encarnaba Don Juan de Borbón. Al príncipe don Juan Carlos procuraba admitirlo en su esquema de lealtades, como escogido por la «providencia» llamada Franco, pero con tantas reticencias y reservas mentales que su aprecio nunca superó la descriptiva calificación de «ese chiquillo».

¹ Las titularía *Opera prima*, aún inéditas, que generosamente me ofrecía en su domicilio el día de su santo del 2003, para que las leyera despacio.

El sábado 29 se hizo saber que la designación de Arias no sería publicada en el BOE hasta el lunes siguiente —por no haber edición el domingo—, lo que produjo atisbos de indignación por la demora de la noticia oficial. Afortunadamente, a las cinco de la tarde, Radio Nacional y Televisión Española anunciaban el nombramiento y ofrecían una semblanza biográfica del nuevo presidente del Gobierno.

LA CONSTITUCIÓN DEL NUEVO GOBIERNO

A partir del domingo 30 de diciembre, se empezó a especular con la formación del nuevo Gabinete, estimando los entendidos que la crisis sería reducida, pues en aquellas circunstancias la regla de oro era la continuidad. Se especulaba aún el miércoles 2, con esa lista que se iba perfilando y enriqueciendo con multitud de nombres alternativos, a los que siempre se concedía «alto grado de probabilidad». El hecho era que Carlos Arias había confeccionado una relación muy amplia antes de hablar con los candidatos, con vistas a tener repuesto para el caso de que alguno fuera rechazado por el jefe del Estado o bien por el propio interesado. De ahí que no resultase extraño que los mismos consultados no supieran nada en concreto de su caso particular.

En la mañana del día 3 de enero, en los círculos políticos la impresión mayoritaria apuntaba a que la crisis se limitaría a incorporar a Cruz Martínez Esteruelas, Pío Cabanillas, Antonio Carro y José García Hernández a las carteras que, en efecto, les serían adjudicadas días después. A la una de ese mediodía, Antonio Barrera de Irimo se entrevistó con el presidente y dieron los últimos toques al equipo económico. Supimos después que Barrera había jugado fuerte aprovechando la crisis para potenciar su figura como vicepresidente y poniendo condiciones que no gustaron a Arias, quien, por su parte, pensaba en García Hernández para la cartera de Hacienda. Pero el Caudillo había ordenado al presidente negociar con Barrera para que continuase en el Gobierno. Así que a las dos y media la lista definitiva ya estaba en la calle.

Casualmente a esa hora nos encontramos Pérez Sánchez, directivo del SECED, y yo con Pío Cabanillas, que nos facilitaría el listado completo. Lo puse en conocimiento de San Martín, quien ordenó su comunicación a las Delegaciones regionales y a determinadas personalidades con las que el Servicio mantenía relación habitual, siendo en todos estos casos la primera noticia completa y veraz que recibían, con no disimulada perplejidad por la extensión de la crisis. En todos los medios el nuevo Gabinete era acogido con general satisfacción. A Antonio Barrera de Irimo y a Licinio de la Fuente se les otorgaban las Vicepresidencias 2.^a y 3.^a, junto

con sus cargos al frente de Hacienda y Trabajo; a Asuntos Exteriores no iría Gonzalo Fernández de la Mora, sino Pedro Cortina Mauri; al Movimiento José Utrera, en vez de Herrero Tejedor; para Planificación acabaría nombrado Joaquín Gutiérrez Cano, en vez de Miguel Ángel Fernández Ordóñez, etc.

Por lo que respecta a la configuración del nuevo Gobierno, la designación de tres subsecretarios en la Presidencia fue muy criticada por la clase política, dado el escaso volumen administrativo de aquel ministerio. Antonio Del Valle Menéndez, cuñado de Arias Navarro, ocuparía la Subsecretaría Técnica de Presidencia, Carlos Álvarez Romero la de Despacho del presidente; y José Manuel Romay Beccaria la del Ministerio de la Presidencia, con funciones similares a las de la anterior Dirección General de Servicios, y dependiente del ministro Antonio Carro. El teniente general Manuel Díez-Alegría, jefe del Alto Estado Mayor, me comentaría con sorna, en audiencia que me concedió a primera hora de la mañana del viernes 18 de enero, «que no había papeles para tantos». A su juicio, debería haberse mantenido la continuidad en el Gobierno y en la Administración, con las modificaciones más indispensables, pues, al fin y al cabo, lo ocurrido fue un asesinato; y, de no ser por ello, las cosas hubieran continuado según la orientación del almirante Carrero. Le parecía al jefe del AEM que se había creado en Presidencia una maquinaria muy superior a las necesidades reales. Díez-Alegría me manifestaba su desagrado e incomprensión por los numerosos cambios en la Administración aparecidos en aquellos días, que nos colocaban en una situación de desgobierno —si bien transitorio—, dando a ETA la razón de haber logrado, con el asesinato de Carrero Blanco, un fuerte movimiento de personas y medios.

Vicente Roa² en su juicio estadístico sobre la elección del primer Gobierno Arias, resaltaría que, de los diecinueve ministros de Carrero, solo continuarían seis en 1974: Antonio Barrera de Irimo en Hacienda, Licinio de la Fuente en Trabajo, Francisco Ruiz Jarabo en Justicia, Francisco Coloma en Ejército, Gabriel Pita da Veiga en Marina, y Tomás Allende en Agricultura. Utrera Molina pasaría de Vivienda a la Secretaría General del Movimiento.

A las doce del viernes 4 de enero se celebró la jura del nuevo Gobierno en el Palacio de El Pardo, reuniéndose en Consejo de Ministros con el jefe del Estado; y a las seis de la tarde tuvo lugar la toma de posesión de todo el Gabinete en conjunto, evitando las «verbenas» que se llevaban a cabo en cada ministerio, que no eran del gusto de Carlos Arias. El hasta entonces presidente en funciones, Torcuato Fernández-Miranda, pronun-

² Vicente Roa. Capítulo *Las fatigas de Arias, de Apoteosis y ocaso del franquismo*.

ció un discurso que produjo perplejidad por las citas poéticas referidas a la niebla, al sol, etc.

En aquellas primeras semanas de enero y entre otras visitas a dirigentes, acudí el día 9 al despacho de Alfonso Escámez, presidente del Banco Central. Tras otros asuntos en cartera pasó a exponerme el estado de la economía nacional: España se estaba capitalizando, la gente iba ahorrando, lo que era señal de seguridad; «pero tenemos el problema de la inflación de precios que hay que solucionar como sea». Las últimas medidas oficiales le parecían aconsejables en aquel momento. Suponía que todo podría resolverse en el plazo de un año. Los presupuestos generales del Estado estaban un poco inflados, algo que venía de atrás y que había que corregir; el año 74 iba a ser un poco duro.

Alfonso Escámez consideraba fundamental un Ministerio de Economía o una Vicepresidencia económica, pues en ese ámbito faltaba coordinación: ese nuevo órgano debería tener bajo su autoridad a los ministros de Trabajo, Industria, Agricultura, Comercio, y acaso Obras Públicas. «Con una economía sana se hace una buena política», añadiría Escámez; «demagogias, no; concesiones de galería, no». Barrera de Irimo le parecía persona adecuada; había que confiar en él.

Para presidente del Gobierno había recogido Escámez el rumor de que sería nombrado el vicepresidente Fernández-Miranda o el general Díez-Alegría o Rodríguez de Valcárcel, si bien estos dos últimos tenían el inconveniente de ser Consejeros del Reino. También me hizo mención de la conveniencia del traslado de la jefatura del Estado al príncipe de España: «Franco tiene sus años y entra ya en el campo del mito; su figura histórica ya no hay quien la turbe». Opinó que la entrada en el Mercado Común no era un problema político: «Eso es lo que dicen quienes quieren armar líos. España necesita fortalecerse y estar en condiciones de competir; después, el ingreso será fácil».

Una de las muchas consultas que se hicieron desde el SECED para ayudar al presidente Arias en la formación del nuevo Gabinete, me tocó plantearse a Juan Miguel Villar Mir, el día 10 enero, sobre personas que podrían cubrir altos cargos en el Ministerio de Planificación. Al día siguiente me telefoneó con una lista de nombres que podrían servir para Vigilancia del Plan lo mismo que para Planificación Económica. El más idóneo le parecía Manuel Azpilicueta, persona de criterio claro y seguro, gran consejero, hábil y limpio. Y añadió otros nombres y sus circunstancias personales para tenerlos en cuenta: José Lladó, Francisco Sánchez Asiaín, Javier Irastorza, José González Paz, Ignacio Uriol, José Farré, Carlos Pérez de Bricio, etc.

El jueves 10 de enero el teniente coronel San Martín firmaba el documento interno *Desarrollo de la crisis* iniciada el 20 de diciembre, aclarán-

donos que sus once folios a máquina contenían: información absolutamente confirmada, en párrafos que iban anotados con una (A); otra con alto grado de verosimilitud, anotada con una (B); y una tercera que simplemente recogía rumores aunque de fuentes dignas de crédito con una (C). Era un procedimiento usual en el Servicio para valorar cada noticia según su origen. José Ignacio San Martín nos ha dejado en su libro *Servicio Especial* (Editorial Planeta), un espléndido resumen que, como es lógico, venía a coincidir sustancialmente con lo que en aquellas fechas ya lejanas nos relató personalmente.

Aún el día 14 de enero, el SECED ofreció un *briefing* a los dos subsecretarios del presidente. Tuvo lugar al día siguiente durante dos horas y en un ambiente cordial. Del Valle había comentado a San Martín que los ministros militares no estaban conformes con el Servicio; y, a continuación de la larga exposición, visitaría al teniente general jefe del AEM, al que acompañaba el general Gutiérrez Mellado, para hablar un par de horas del SECED y del comandante Juan Valverde, desconocido para aquellos generales, como presunto relevo de San Martín.

Oyarzábal continúa exponiendo en su *Opera prima* su primeros recuerdos del Gabinete del presidente Arias: «Presidencia, situada todavía en el edificio tradicional de Castellana, 3, vivía en aquellos días (mayo 74) un frenético proceso de obras y renovación. La herencia burocrática de don Luis Carrero, tantos años ocupante principal del edificio, reflejaba en el fondo esa discordancia de su carácter con las funciones que la responsabilidad del cargo que había ejercido hubiera debido entrañar y que una austeridad mal interpretada anclaba, en cuanto a métodos de trabajo, en el pasado remoto. Frente a la realidad de un país de empuje tecnológico e industrial indudable, el contraste del aparato que supuestamente iba a dirigir nuestro tránsito por una crisis económica ya abierta y una previsible convulsión política próxima, era descorazonador: cuatro funcionarios caducos y mal pagados, viejísimos archivadores, máquinas, mesas de trabajo (...), ni un sistema moderno de comunicación o de reproducción, ni un gabinete de prensa medianamente organizado. Solo, cruzando la calle, se alzaba ese instrumento de espionaje interno que entonces constituía el Centro Superior de Información de la Defensa (CESID)³ del Coronel San Martín; y, más próximo en la distancia, algunos restos de la eficacia que había intentado introducir don Laureano López Rodó como inquilino también de la planta baja del viejo palacio de

³ Oyarzábal quería referirse al SECED, aunque este Servicio no se trasladó desde Alcalá Galiano, 10 a Castellana, 5 hasta el otoño de 1974. Pero es interesante que lo cite como antítesis de organización y funcionamiento de los departamentos de la Presidencia que describe.

la Castellana. Los nuevos aires no se limitaban lógicamente a modernizar los medios de trabajo. Un equipo de hombres, con el denominador común de una preocupación por el devenir del país en esta evidente decadencia del Régimen, ocupaba ya puestos y despachos en la Presidencia del Gobierno, a la que ahora yo me sumaba. Personajes que (...), formaban en aquel momento un equipo compacto, lleno de esperanzas en esa “evolución dentro de un orden” (...), que parecía iniciarse con (...), la llegada al poder de don Carlos Arias Navarro».

EL PANFLETO CATALÁN. EVALUACIÓN DE LA CRISIS POLÍTICA

En el mes de enero de 1974 circuló por Barcelona, entre personas conocedoras de la actividad política nacional, un análisis de la compleja situación tras el asesinato del almirante, con tales apariencias de verosimilitud que, cuando llegó al SECED, se remitió el viernes 18 a los correspondientes habituales: ministros militares, Alto Estado Mayor, Dirección General de la Guardia Civil y Dirección General de Seguridad. El informe había llegado al Alto Estado Mayor sin la menor referencia a la fuente, sin la acostumbrada calificación de fiabilidad de origen y sin comentarios, aunque el SECED debió dar elevado grado de fiabilidad al panorama descrito y a la interpretación que hacían tan doctos como ignotos redactores.

En las primeras consideraciones se aseguraba que el proceso de cambio desencadenado por el asesinato del presidente del Gobierno español debía analizarse tras considerar algunos datos determinantes que no habían sido tratados ni enunciados en la prensa española: que la sociedad daba muestras de madurez al preguntarse con realismo e incertidumbre sobre las previsiones de futuro, pese al empeño de las autoridades por dar garantías sobre la estabilidad institucional. Difícilmente podían sustraerse los anónimos autores a los errores de perspectiva inherentes a la proximidad de los hechos que relataban; su versión no estaba exenta de intereses ideológicos y contribuía a reproducir la atmósfera política de lo que se calificaba como inicio del ocaso del Régimen.

El estudio seguía recordando que Franco, a sus 81 años y en un estado de salud declinante, había acogido la noticia del magnicidio con serenidad y frialdad; y que con el asesinato del presidente se suprimía la pieza clave del sistema, elegida por el propio Generalísimo. «En efecto —decía el informe—, el almirante Carrero, hombre seguro, autoritario, de fidelidad absoluta, era no solo el garante de la sucesión personificada en el príncipe don Juan Carlos, sino vigilante también del nuevo rey, de quien los puristas del sistema temen una ascendencia europeísta y abierta a la

evolución democrática (...). En las horas que siguieron, el flotamiento del Gobierno presidido provisionalmente por Torcuato Fernández-Miranda contrastó con la seguridad demostrada por las Fuerzas Armadas. No nos referimos al Ejército en su totalidad, ausente como tal de las grandes decisiones, sino a los centros neurálgicos de decisión militar, que operaron en esos momentos con seguridad, rapidez y habilidad (...). En síntesis, la impresión que se perfiló era que el jefe del Estado funcionaba, que el aparato militar también y que el Gobierno estaba fuera de juego (...). El clima laboral, estudiantil, profesional y de otras zonas sensibles de la sociedad no ha registrado graves alteraciones, sino más bien una actitud de espera ante el nuevo proceso que ahora se inicia».

El panfleto catalán, de desconocida paternidad, hacía mención a las fuerzas afines en presencia que han dejado actuar a Francisco Franco. De la extrema derecha aseguraba que no tenía peso social ni numérico y que era un vestigio fascista en algunas áreas militares protagonizadas por los generales Carlos Iniesta y Ángel Campano. «Pero estos han probado en esta crisis el escaso eco de sus posiciones y de su limitado talento político». Del Opus Dei, al que tildaba de organización político-religiosa, decía que era el gran perdedor de la crisis. «Había jugado su carta a la desesperada en la semana del 21 al 28 de diciembre: sus tres grandes cerebros —López Rodó, López-Bravo y Ullastres—, ofrecieron a Franco la alternativa de un gobierno de concentración, presidido por el general Juan Castañón de Mena, único militar de alta graduación amigo de Franco y vinculado a la Obra, según se decía. Pero el Generalísimo ni siquiera los recibió y, a los pocos días, fueron relevados de sus cargos todos los ministros, subsecretarios y directores generales del Opus Dei (...). La derrota era total». También describía a la Democracia Cristiana y a otros grupos del Régimen que formaban el mosaico del sistema, a los que se imputaba haber colaborado en la liquidación del equipo tecnocrático; entre ellos destacaba, por su cohesión interna, La Editorial Católica. Terminaba asegurando el folleto que el gobierno de Carrero Blanco no había conectado con la vida pública más que por arriba y que no había buscado apoyos, ni contactos ni alianzas de ninguna especie.

El referido *informe catalán* continuaba su análisis sobre la Iglesia Católica, explicando que «la jerarquía eclesiástica dejó de prestar, a partir del Concilio Vaticano II, su caución moral al sistema, para buscar una independencia difícil de lograr y un apoyo de las masas populares que iba perdiendo desde principios de siglo (...). En esta crisis, la Iglesia española parece haber querido demostrar una especial prudencia, una moderación traducida en apoyo circunstancial al sistema, la presencia al lado del mundo oficial, el repudio frontal al terrorismo, la colaboración, en suma, a una solución conservadora, tranquilizadora y serena de la crisis (...).

Franco, por su parte, reaccionó fulminantemente frente a un ministro que se negó a saludar al cardenal Tarancón en el funeral de Carrero».

No podía faltar en ese informe un bosquejo sobre lo que a su juicio representaba la Corona, a la que empezaba calificando como «una institución que, sin poseer fuerza material ni apoyo popular explícito, ni estructura de intereses políticos ni económicos dependientes de ella, estaba presente en el panorama político mediante la formación legal de la Monarquía. En esta crisis [la desatada por el asesinato de Carrero], la Corona ha sabido jugar un papel aparentemente fácil, pero en ocasiones complicado y arriesgado; precisamente el que consiste en no hacer (...). La Monarquía juega un papel eminentemente institucional». Proseguía el informe considerando que «el propio Régimen tenía que acudir a un instrumento que lo insertara en la historia sin necesidad de recurrir a las temidas legitimaciones democráticas. Rechazado el totalitarismo —perdedor en la Guerra Mundial—, era imprescindible vestir la fórmula de poder personal con una institución que permitiera revestir a la etapa de Franco sin el carácter de paréntesis dictatorial. La Corona operó, muy activamente por cierto, a lo largo de estos treinta años desde posiciones distintas, que aún no cabe calificar de contradictorias o enfrentadas. De un lado, el titular de la Dinastía, don Juan de Borbón, que era hijo y heredero de Alfonso XIII, propuso una alternativa que, no por haber resultado silenciosa desde el poder, deja de ser consistente políticamente: la pacífica evolución del Régimen hacia rumbos de apertura democrática, la inserción abierta (política y económica) en el Occidente europeo y el doble arbitraje (Corona y Ejército) durante un amplio periodo constituyente, partiendo de la base legal de la realidad vigente».

Aseguraba el informe que «el Régimen de Francisco Franco (...), respondió —con un reflejo de supervivencia a esta propuesta—, abriendo las hostilidades sin condiciones a este programa que suponía, en definitiva, la superación de la guerra civil y la jubilación del franquismo. El Régimen, por otra parte, no podía liquidar a la Corona, a la que seguía necesitando para la Sucesión (...). Años después, no el titular sino su heredero, es llamado a adoptar la herencia del Régimen y a suceder a Franco como Rey. El príncipe don Juan Carlos acepta en una situación extrema que le obliga aparentemente al enfrentamiento con el Jefe de la Dinastía —pecado demasiado grave en el mecanismo monárquico—, porque permitirá a la Corona estar presente en el puesto clave al día siguiente de la desaparición del General». Y el panfleto matizaba a continuación: «El problema renace ahora cuando el franquismo más exigente comprende que ha jugado el papel del cazador cazado y que, en definitiva, al desaparecer Franco, el nuevo Rey no operará sobre las directrices del Caudillo fallecido, sino sobre el proyecto (nacionalmente más atractivo) que

propuso don Juan y que sigue tácticamente en pie, representado de algún modo por quien sigue siendo el titular de esa Institución, mientras no muera o abdique en su hijo».

Y concluía el *Informe catalán*: «Toda esta explicación previa es necesaria para entender cómo el príncipe Juan Carlos no ha intervenido, ni podía intervenir, en la designación del sucesor de Carrero Blanco. Ha querido demostrar abiertamente que no participaba en esa operación, con un viaje de tres días fuera de Madrid en las fechas claves. También ha recordado, con riesgo político para él, la vinculación política a su padre, trasladándose a Portugal para pasar varios días con don Juan (...). Con la muerte de Carrero Blanco, el sucesor se ve privado de quien garantizaba su acceso al Trono, pero se ve libre también del que había de impedir cualquier desviación del franquismo. El Gobierno Arias no cumplirá ciertamente esa función. Producida la nueva situación, inmediatamente después de la muerte de Franco, la Corona podrá proponer un nuevo programa al país. Es muy posible que lo haga». (Referencia extensa a la Corona en términos nada frecuentes a caballo entre 1973 y 1974. Dos años después, los acontecimientos históricos demostrarían hasta qué punto fue acertada esta previsión de los autores del anónimo documento).

En tan peculiar análisis de la situación nacional resultaba lógico encontrar referencias a los sectores políticos que se hallaban fuera del sistema, y muy en particular a aquellos sectores sociales de importancia y peso crecientes que manifestaban su alejamiento de la vida oficial y de las soluciones escasamente propuestas por el Régimen, dejando aparte a los grupos políticos —minoritarios y clandestinos—, que operaban fuera del sistema y contra él. A juicio de aquellos analistas, «el denominador común de todos estos sectores ante el asesinato de Carrero ha sido una primera reacción de temor seguida de una prudente actitud de espera. Conviene señalar las llamadas a la prudencia del Partido Comunista Español, como se sabe, muy poderoso pero seriamente desbordado por su izquierda en estos últimos tiempos (...). Los restantes grupos han respondido más o menos a esta tónica de la estrategia política que ha permitido sugerir a ciertos observadores el entendimiento tácito de una amplia izquierda silenciada y no subversiva, obligada a esperar acontecimientos y dispuesta a integrarse en el juego político, a pocas posibilidades que ofrezca la etapa inmediatamente posterior a la muerte de Franco».

El Informe dedicaba su última parte a describir las perspectivas inmediatas, con este comienzo: «La génesis y nombramiento del nuevo Gobierno revela en primer término que, al desaparecer el almirante Carrero, el terrorismo extremista ha privado al Régimen del único interlocutor sistemático de que disponía el General Franco, reducido ahora en su vida política a la completa soledad (...). Quizá la intervención familiar,

con su consecuente ambición de conservar las posiciones conseguidas, después de la muerte de Franco, sea el factor que ha teñido esta etapa de modo menos positivo y popular. La composición del gabinete Arias Navarro prueba que el nuevo presidente del Gobierno, al que Francisco Franco ha otorgado su confianza, ha puesto la condición de que se le dejen las manos libres, hasta un cierto punto, para organizar su equipo sin respetar, no ya el estilo de Carrero, sino algunas costumbres del anciano jefe del Estado. En efecto, el presidente Arias no ha hecho un Gabinete de concentración sino más bien un equipo de hombres seguros, no brillantes en general, bien cohesionados y fuertemente homogéneo». [Error de apreciación de los autores del Informe, pues pronto surgirían diferencias entre inmovilistas y aperturistas].

Y seguía el análisis: «Sobreviven en él dos hombres de mayor talla política del Gabinete anterior, que eran por cierto los menos afectos de aquel Gobierno al presidente asesinado: el ministro Barrera, cerebro de la política económica, mantenido y ascendido en el poder después de una larga peripecia, y el joven ministro Martínez Esteruelas. Junto a ellos destaca como importante cerebro político el ministro de Información Pío Cabanillas, cuyo aperturismo manifiesto resulta equilibrado por una habilidad de movimientos absolutamente excepcional». Y, por fin, terminaba la valoración asegurando que no podía haber grandes soluciones políticas, puesto que el poder seguía en manos de Franco, añadiendo lo siguiente: «Es creencia general de los más expertos que el nuevo Gobierno encontrará soluciones concretas, resolverá los asuntos, administrará con seriedad, ejercerá con garantía y sin dureza desordenada, e intentará mantener las puertas abiertas a grandes opciones posibles para el caso de que el fin del sistema, por agotamiento biológico de Franco, se precipite. Es posible que todo ello sea insuficiente para el delicado periodo nacional e internacional que ahora comienza. Pero hay que reconocer que el país ha otorgado al nuevo equipo un cierto margen de confianza inicial, derivado de una creencia más o menos extendida: el nuevo Gobierno hará las cosas un poco mejor que el anterior».

Cuando han transcurrido más de cuarenta años y se tiene perspectiva suficiente, hay que reconocer que los planteamientos de ese impersonal informe distan mucho de lo que entonces circulaba en ámbitos políticos de uno u otro color. El sentido moderado de sus términos, el profundo saber de la situación nacional a nivel de expertos y el reconocimiento del papel de las Fuerzas Armadas se asemejan más a los documentos reservados que en aquellos años el SECED proporcionaba a las primeras autoridades de la nación. Nada hizo sospechar entonces que la autoría de aquellas hojas se situara en algún entorno próximo al Servicio; pero, a tantos años de distancia, nadie podría negar con fundamento que el ori-

gen pudiera haber estado en algún exmiembro de la «Casa» o alguno de sus más inmediatos amigos o colaboradores en Cataluña. En mis investigaciones, no he sido capaz de despejar la incógnita de la autoría de aquel notorio «informe catalán». En cualquier caso, se trata de una evaluación del estado de la nación, que, con todas las discrepancias que puedan plantearse, abre con claridad el panorama con el que iniciaba su periplo el primer Gobierno de Arias.